

María abraza fuerte a su hijo.

Sentía un inmenso deseo de llorar, y para colmo se reprochaba a sí misma el hecho de estar triste, como si no tuviera ningún derecho a ello.

Se había pasado toda la noche sonriendo en el hermoso café donde trabajaba, porque ése era el único modo que tenía de ganarse la vida, una vida que la había llevado hasta Madrid, de donde, como si se tratara de una cárcel, ya no podía salir.

Habían pasado tantas cosas desde su llegada a aquella ciudad que le parecía que debía haber transcurrido una eternidad desde su primer aterrizaje en Barajas.

Ahora tenía ya treinta y cinco, una mala de edad para una mujer sola y con un hijo.

Diez años hacía que se había ido de Argentina, y sabía que no podía regresar.

En el 2000, cuando las cosas no andaban aún muy mal en su país, en un viaje a Europa con sus amigas, en Venecia, en la plaza de San Marcos...

Aquello que recordaba tan lejano le parecía un sueño, el sueño de su vida, el único, pues el resto semejava más bien una pesadilla, como ahora, que había llegado a casa y se había encontrado con que Miguel tenía fiebre.

Miguel también había sido concebido como una pesadilla el día más trágico que ella podía recordar.

Habían pasado ya siete años, aunque si Miguel no estuviera ahí cada día para recordarle que el tiempo transcurría inexorablemente, podría haber sido ayer.

Al día siguiente su hijo tendría que quedarse solo en casa mientras ella iba a trabajar.

Se le partía el corazón, pero no era fácil salir adelante y menos con una criatura a cuestas.

Las lágrimas se le acumulaban en la garganta formando charcos en los que le parecía que podrían llegar a croar ranas de grandes que eran.

Ese pensamiento la devolvía a su infancia, o quizá a la adolescencia.

La última vez que había escuchado el canto de una rana había sido cuando era virgen y se paseaba de la mano de su primer novio por un parque de Buenos Aires.

Aún podía recordar los nenúfares de aquel estanque.

Sonreía con amargura porque aquel pensamiento la había llevado al libro de Boris Vian y a la tristeza que le había producido su lectura hacía unos meses, cuando aún era invierno, verano en su país, estaba acatarrada, con una congestión que no se le pasaba con nada, y se había imaginado ella misma con un nenúfar en el pecho, respirando con dificultad y muriendo sin remedio.

Sin embargo, con un hijo a su cargo, ni siquiera podía permitirse el lujo de abandonar el mundo, aunque no le importaría.

Se encontraba exhausta y el día siguiente amenazaba agotador.

Tendría que irse a dormir pero no tenía sueño, tan sólo la necesidad imperiosa de solucionar algo que no tenía arreglo.

Maldita la hora en la que había conocido a Marcos en la plaza de San Marcos, en Venecia.

Parecía una burla del destino.

Siempre había querido venir a Europa precisamente para conocer aquel inmenso y bellísimo nenúfar.

Había soñado con encontrar un novio italiano, con vivir una historia de amor sin límites, y entonces había aparecido Marcos.

Pero tras casi cuatro años absolutamente felices, llegó el desastre, y el mal, en forma de dolor, se le había ido prendiendo del pecho hasta consumírsele.

Fuertemente aprieta a su hijo contra su corazón y le besa en la frente, sintiendo el calor abrasador en sus labios.

María rebusca en su bolso, en el cual debería encontrarse el número de teléfono de una chica que conocía porque era asidua del café en el que trabajaba.

Se le había ocurrido que quizá ella podría ayudarle, porque cada vez tenía más claro que no podía dejar solo a su hijo con fiebre mientras iba por la mañana a cuidar de una pareja de ancianos, que para ella eran ya como sus propios abuelos.

Y es que estaban tan mayores que eran incapaces de hacerse la comida.

Sus hijos vivían fuera y no se preocupaban en absoluto por ellos.

Deberían irse a una residencia, pero no querían abandonar su casa tras cincuenta años habitándola.

Cuando Miguel no tenía clase se lo llevaba con ella y además colaboraba, igual que hacía en casa, porque le parecía que los niños debían sentirse útiles en lugar de permanecer ajenos a la realidad.

Necesitaba estar pluriempleada ya que con su sueldo de camarera no podía pagar los gastos del niño, los libros, la ropa, la comida y mil cosas más.

Al menos en los lugares donde trabajaba ahora la trataban bien, y eso era lo único que pedía porque su experiencia en otros empleos había sido realmente traumática y demoledora psicológicamente.

Recordar todos y cada uno le produciría una gran fatiga, sobre todo a esas horas de la madrugada, pero aún así trataba de hacer el esfuerzo.

Había empezado trabajando como teleoperadora para una funeraria.

Quizá sonaba a chiste, pero era lo más triste que nadie pudiera imaginar.

La gente, cuando su familiar fallecía, se encontraba absolutamente desesperada, aunque rápidamente se sentían aliviados cuando se les aseguraba que todo quedaría solucionado.

El problema venía luego, cuando llamaban para quejarse porque la empresa aprovechaba que el trato era telefónico para lavarse las manos como Pilatos después de haber incurrido en numerosos fraudes.

Allí se había acostumbrado a que la llamaran zorra, puerca, puta, guarra, furcia, cerda...

Ella no podía hacer nada más que apartar el auricular del oído y sugerirles que en vez de insultarla a ella, que era una simple empleada, demandaran a la empresa.

Por aquella época se sentía como una soldada luchando diariamente en una guerra civil.

Al menos por entonces las cosas iban bien con Marcos, aunque ya había descubierto que su suegra era una verdadera enferma mental, y en parte ahí habían comenzado los problemas.

Lo bueno era que en ese tipo de trabajos tan sórdidos siempre existían compañeras en las que una encontraba consuelo.

Las había simpáticas a rabiarse, especialmente las andaluzas.

Las gallegas eran un poco introvertidas pero de fiar, buenas chicas; y la mejor de todas había sido Melissa, con dos eses.

Qué tía más maja, era un pedazo de pan.

Tal vez como había sufrido tanto en la vida desde que era una niña, no se quejaba nunca por nada.

Siempre sonreía, pero no de un modo cínico como la madre de Marcos, sino con franqueza.

A pesar de no se veían apenas, aún trabajando en el mismo barrio, seguían guardando una gran amistad.

La verdad es que le gustaría verla, quizás le enviaría un mensaje, pero antes tiene que encontrar lo que está buscando, el teléfono de esa chica.

María duerme abrazada a su hijo sintiendo como si de su cuerpo brotara un manantial de amor mucho más fuerte aún que el apasionamiento que la había arrastrado hasta España.

Si pudiera permanecer siempre así, unida a él, sería la mujer más feliz del mundo.

Ella le enseñaría a leer, escribir, y cantar como Andy Changó.

Los abuelitos a los que cuidaba podrían narrarle bellas historias verídicas fruto de su experiencia.

Verían películas, escucharían música, le llevaría a los museos...

Además, con internet, todo el conocimiento humano se encontraba disponible.

Sería simplemente cuestión de averiguar cuales eran las inclinaciones de su hijo y ayudarle a encaminar su vocación.

La verdad es que le gustaría poder sacarle del colegio porque le parecía una especie de prisión en la cual se encerraba a los niños, para apartarlos no sólo del cariño de sus madres, sino para limitar sus capacidades.

Por una parte se sentía como una especie de terrorista por pensar así, aunque por otra le resultaba realmente increíble que Miguel, con seis años y medio, no fuera aún capaz de reconocer ni siquiera las letras.

Eso realmente le desesperaba, el ver que a pesar de tanto esfuerzo como suponía llevarlo cada mañana y pagar montones de tonterías, no sólo no aprendía nada sino que se embrutecía.

Claro que iba a un colegio público en el centro de la ciudad en el que la mayoría de los alumnos eran hijos de emigrantes, como ella misma; y aunque teóricamente eso podría resultar enriquecedor culturalmente, se daba cuenta de que no era así en absoluto.

Los profesores se quejaban de que pasaban la mayor parte del tiempo tratando de pacificarlos y que por eso no lograban enseñarles ni lo más básico.

¿Y si lo que sucedía era que los niños en realidad se estaban sublevando como los presos en las cárceles sin que nadie se hubiera percatado del sentido de esa rebelión?

Eso se le había ocurrido porque no consideraba a los niños como una manada de animales salvajes a los que había que doblegar, sino como ángeles llenos de pureza y sentido común.

En principio la educación pretendía ser igualitaria, pero hasta un tonto, y no digamos un niño, podía darse cuenta de que la coexistencia de colegios públicos y privados segregaba a sus alumnos de por vida.

De todos modos en Argentina el clasismo escolar era aún peor, y aunque ella había tenido la suerte de asistir a un buen colegio, e incluso haber pasado por la universidad, tampoco le había servido de nada.

El criar a Miguel en Europa, además de servirle quizá para volver un buen día con su padre, al que todavía amaba, lo hacía para que pudiera recibir una buena instrucción; aunque cada vez estaba más convencida de que el sistema educativo español resultaba una estafa.

De qué le valía ofrecerle cada día lecciones de civismo y cortesía si luego en su entorno, principalmente el escolar, esos valores eran rechazados, pues los niños violentos y maleducados estaban mejor considerados, dado que la brutalidad triunfaba sobre la delicadeza.

Cómo le gustaría poder salvar a su hijo de todo aquello.

Por eso, tratando de protegerlo de las amenazas conscientes e inconscientes que rondan sus sueños, le abraza notando su ser lleno de una especie de líquido amniótico que recorre su cuerpo, haciéndole sentirse no sólo plenamente viva, sino más feliz de lo que nunca hubiera imaginado.

María escucha sonar su móvil.

En ese instante se encontraba profundamente dormida soñando precisamente con su ex, el mismo que por inercia había marcado su número de teléfono.

Tantos años había esperado aquel momento...

En sueños cada noche se encontraba en sus brazos como si nunca la hubiera abandonado.

Habían pasado siete años, sin embargo para su inconsciente no había ni siquiera transcurrido un segundo desde el último beso ardiente de sus labios.

El flechazo entre ambos había alcanzado tan intensidad que se diría que sus seres habían quedado ensartados para siempre en el lugar donde se habían encontrado por vez primera.

Ella siempre regresaba a la gran plaza de Venecia en sus sueños, luego al Lido conducidos por un gondolero que les arrullaba con el timbre vocal de un Pavarotti.

Ave Maria...

Ésa era la melodía que ahora entonaba el tenor con su camiseta a rallas a la luz de la luna.

Ave Maria...

Se sabía nacida para alcanzar aquel punto de una dimensión tan elevada como misteriosa al que tan sólo en sueños era capaz de regresar, y en la que había logrado mantenerse durante más de diez años gracias a ellos.

En el fondo de su corazón se sentía dichosa porque el goce junto a su amado había sido tan inmenso que su recuerdo perduraba y lo haría por toda la eternidad.

La vida para ella consistía simplemente en florecer y al encuentro con el polen reproductor dar origen a un fruto.

Ni siquiera le hacía falta ser creyente para comprender el significado de la figura de las vírgenes con niños, pues ella se sentía una más.

Sin embargo, por mucho que sus padres, y especialmente la madre de Marcos, hubieran insistido en que debían casarse, en absoluto se arrepentía de negarse a ello.

Encontrarse divorciada en un país extranjero la haría sentirse como su suegra, una paria.

Así era libre, al menos, si es que uno podía pedir algo más.

Salud y libertad eran sus dos únicas ambiciones, aunque la primera había comenzado a escasear tras pasar un invierno helado bajo un aire completamente contaminado.

Entonces regresaba a orillas del Adriático y los tres se repartían una pizza en una especie de comunión sagrada riéndose y mirándose a los ojos.

Justo en ese instante el teléfono había dejado de sonar.

Marcos, tras haber estado rememorando con Momo su primer encuentro en Venecia, no había sido capaz de reprimir el impulso de llamarla.

Le encantaría volver a ver a su hijo, aunque por otra parte la vergüenza le turbaba.

Al menos había aprendido la lección más importante de su vida, y es que como decía el refrán, no es oro todo lo que reluce.

Cuando había conocido a Marta, la ambición le había cegado, creyendo que el éxito era una cuestión de dinero y poder, cuando en realidad los ricos no eran más que esclavos de la banalidad.

Más de mil y una noches había perdido el tiempo tratando de hacer contactos, como su ex lo llamaba, lo cual consistía únicamente en dejarse llevar por el frenético consumo de alcohol y cocaína.

Al menos el año que llevaba de nuevo dentro de la barra, tras seis años fuera de ella, le había servido para recuperar su integridad moral.

El Ave María vuelve de nuevo a sonar, y esta vez ella consigue despertar.

María llora de felicidad en los brazos de su amado.

Como si se hubiera obrado una especie de milagro, a Miguel se le había pasado la fiebre.

Con la alegría su alma florecía, sintiendo que la primavera reinaba de nuevo en su corazón.

Por primera vez, tras siete largos años, oía cantar a los pájaros.

Había decidido que tras desayunar, irían los tres juntos a cuidar de los abuelitos.

Tantas veces le habían preguntado por su marido, que estaba deseando presentárselo.

Aunque él había estado trabajando toda la noche, parecía despejado.

Si quería podía echarse a descansar en casa de los ancianos mientras ella les preparaba la comida.

Luego volverían a casa y permanecerían los tres juntos abrazados todo el día y la noche.

Su jefa, la dueña del café, que era muy comprometida políticamente, además de feminista, le había sugerido que podían cerrar para unirse a la manifestación que se celebraría esa tarde.

Ella le había dicho que se quedaría atendiendo el café, pero había decidido que aquella revuelta ciudadana le serviría para disfrutar al fin, durante un domingo de su vida, del amor y la libertad.

Llevaban abrazados más de media hora y todavía creía que aquello no podía ser realidad.

El aroma de su cuerpo impregnaba su olfato y todo su cerebro.

Jamás había conocido un perfume más delicioso, el cual le atraía tan poderosamente que era incapaz de apartarse de él ni un segundo.

No le recordaba tan alto.

Daba la sensación de que había crecido, o bien se mantenía más erguido.

No pensaba preguntarle dónde había estado todo ese tiempo.

Sin duda la había abandonado por otra, aunque ahora sentía que de nuevo le pertenecía a ella en exclusiva.

Su forma de vestir también era diferente.

Se había vuelto más clásico y llevaba el pelo más corto.

El parecido entre Marcos y Miguel era increíble.

El mismo pelo negro rizado, los mismos ojos verdes e idéntica boca de labios carnosos que ahora recorrían su piel.

Siempre había creído que con tan sólo un fruto de su amor le bastaría para permanecer plenamente feliz frente la adversidad el resto de su vida, sin embargo ahora presentía que pronto llegaría otro más.

Así es el amor verdadero, un deseo desmedido que obliga al ser que lo goza a revivirse, a reencarnarse en nuevos sujetos amorosos, amados y enamorados.

Sus cuerpos se atraían de un modo magnético y ardiente, recorriendo sus vientres una especie de lava volcánica.

Sus ojos, regados por las lágrimas, brillaban como estrellas.

Miguel también les abrazaba y les besaba, imitándolos, como los niños hacen siempre, aunque en la mayoría de los casos, desgraciadamente, para mal.

Con aquel padre desconocido hasta entoces, aunque millones de veces imaginado, había hablado alguna que otra vez por teléfono.

Ése era el final feliz de cuento de hadas que el niño había soñado a lo largo de toda su vida.

Por esa razón su madre lloraba, ya no de tristeza ni de rabia como de costumbre, sino de puro contento.

María besa la frente de su amado, que acababa de quedarse dormido tras haber hecho dulcemente el amor.

A las doce, justo cuando estaba a punto de salir de casa, había llegado Marisa, la chica a la que en medio de la desesperación había llamado por la noche.

Lo cierto es que con la sorpresa, se le había olvidado.

De todos modos ya tenía pensado dejar a Marcos descansando, por mucho que le doliera separarse de él.

Justo cuando iba a salir con Miguel, apareció en la puerta esa chica tan simpática, que daba a conocer a los vecinos la existencia del banco de tiempo del barrio, y que dejaba anuncios con su número para informarles.

Entonces, ya que era tan amable, le pidió que en vez de quedarse a cuidar al niño, tal como habían quedado, fuera con él a prepararles a los abuelitos algo de comer.

Les había dejado la nevera llena, así que con calentarles algo ya estaba, y Miguel, que conocía el camino, le serviría de lazarillo.

Estaría encantado de ayudar, como todos los niños, en vez de ser obligados a permanecer pasivos y dependientes hasta edades muy avanzadas, como los jóvenes de ahora.

Por eso se comportaban como críos maleducados, pues en ello les habían convertido sus padres.

Los que iban los sábados por la noche al café donde ella trabajaba hablaban altísimo a pesar de que su jefa, que era una mujer muy lista y comprometida, duplicaba el precio del alcohol para inhibirlos.

Aún así los fines de semana resultaba imposible lograrlo.

Empezaban tomándose un vino o una cerveza, y acababan bebiéndose lo que fuera, eso sí, con Coca-cola, para eso vestían tejanos.

Se trataba de jóvenes estudiantes o desempleados, de esos que se las arreglaban para ir siempre a la moda a costa de tener cautivados a sus mayores para que les soltaran la pasta.

La verdad es que no entendía de dónde sacaba la gente el dinero para tanto vicio absurdo.

Cuanto más alcohol ingerían, más gritaban, como presas de una de histeria colectiva que arrastraban toda la semana, pero que con el alcohol, estallaba como una bomba. Se veían escenas muy teatrales, como en un psicodrama, que al día siguiente habrían olvidado porque sino se morirían de vergüenza.

En Argentina la gente también se emborrachaba, por supuesto.

Al parecer los más alcohólicos del mundo eran los del este de Europa.

Cuanto más violencia, más herida estaba el alma, y más desinfectante precisaba la pobre.

El vino había sido sacralizado en occidente, convirtiéndose en el motor de la guerra contra oriente.

El mundo estaba teñido de rojo y la guerra santa bendecida por los siglos de los siglos.

Su padre era un bebedor violento, por eso ya desde pequeña detestaba el tintorro.

Y cuando le tocaba servírselo a la gente, siempre trataba de darle el peor, para crearles rechazo.

Su jefa estaba de acuerdo, pues al parecer su progenitor también había pecado de exceso de devoción cristiana consagrándose a la bebida.

En el fondo así salía perdiendo, pues no había nada más lucrativo en el mundo, pero le daba igual, ya que aquella era su cruzada por la paz social.

Claro que sin amor, la paz sería imposible, por eso besa a su amado dulcemente en la frente justo cuando acaba de quedarse dormido en sus brazos.

María responde a un mensaje de Melissa preguntándole si le apetecería unirse a ella y a sus hijos en la manifestación de esa tarde.

¿Por qué no?

Había sido un día mágico, así que necesitaba compartir su dicha con los demás.

Melissa la había apoyado mucho, incluso le había prestado dinero unas cuantas veces cuando no tenía ni para comer.

Siempre por culpa de algún cerdo ricachón sin escrúpulos.

En España abundaba ese género, el del señorito de mentalidad aún franquista que trataba a los empleados como si fueran sus esclavos.

Para empezar no respetaban los horarios ni los convenios laborales.

Una estaba obligada a hacer gratis cuantas horas extras a ellos les diera la gana, y luego, a la hora de pagar, como tortura psicológica, igual que el que emplea el látigo, le venían con que ese mes no disponían de liquidez.

Todo porque se gastaban en fiestas con sus amigos, en putas y en cocaína, los beneficios de la empresa.

La fiesta española, aunque parecía algo alegre e inocente, se trataba de un modo perverso de arruinar moralmente a todo el mundo.

La gente se dejaba en copas el dinero que no tenía, pero también la salud.

Había que ver, aún encima, las caras de esos jefes fiesteros.

Después de robar a su empleados, y a quien fuese para sufragarse los innumerables gastos, andaban arrastrándose y siempre de mal humor por culpa de la resaca perpetua.

Daban hasta lástima.

Tenían con el colesterol por las nubes y la cara roja e hinchada.

También había conocido a varios con gota, cojeando igualito que señores feudales de tanta carne y tanto vino como habían tragado los muy animales.

Luego, cultura y educación muy poca.

En ese sentido en su país se podía decir que podría existir una cierta esperanza de mejorar la sociedad.

Aquí no.

La música era un verdadera basura, y el interés de la gente por el arte, especialmente los burgueses, nulo.

A menos que a los mafiosos, que muchos grandes galeristas lo eran, les sirviera para blanquear dinero.

¡Qué desastre!

La verdad es que sí que merecía la pena salir a la calle.

De no haber encontrado a su jefa, una persona justa y a la que le gustaban las cuentas claras, podría encontrarse aún sufriendo el horror de la clase obrera española, por la cual ni los sindicatos ni el partido socialista habían movido ni un dedo.

Aunque poco podían hacer ellos para cambiar una sociedad que era así de cruel y violenta con todo el mundo: obreros, patronos, y en especial las mujeres de ambos.

Cada uno de los políticos, independientemente de su ideología, eran tan víctimas de esa guerra psicológica velada como los demás.

Todo el mundo sufría y callaba, estaba jodido y se aguantaba, así hasta reventar o liarse a tiros con el vecino, como había hecho los españoles desde el siglo XIX con la excusa de las guerras carlistas.

La gente siempre bromeando, sarcástica, pero llena de odio y de rabia.

Por eso los que no eran así, miles, quizás millones en toda España, aunque muchos de ellos se encontraban expatriados, debererían pugnar por la justicia social.

Por eso, pensando sobre todo en el futuro de su hijo, responde a Melissa que irá.

María besa a Marcos, y como lo hará amándole con toda su alma, ese beso se convertirá en un sello de amor para el resto de sus vidas.

Él aceptará la oferta de Moncho, Ramón Gómez, con el que también se había encontrado esa tarde en Sol, pues esa tremenda casualidad le hará convencerse de que aquel 15 de mayo cambiaría su destino.

Y así será.

Estudiará arte dramático y se convertirá en el pivón que siempre había sido, aunque del anonimato pasará a la fama.

Lo bueno es que no se dejará pervertir por el resplandor del dinero al haber descubierto junto a Marta que detrás de toda esa superficialidad no existe nada más que un oscuro y frío mundo de gente sin principios, amargados y deprimidos.

Como músico, al ser famoso, también le irá mucho mejor, aunque nunca llegará a ganar dinero con ello.

A partir de la cincuentena, su éxito irá declinando, pues en España no se harán películas serias, sino comedias televisivas y cine de escasa proyección con el que se tratará de nutrir a las masas de carne humana nacional.

Si hubiera querido seguir trabajando como actor hubiera tenido que irse a Hollywood, la gran factoría mundial, pero renunciará para quedarse junto a su amor.

Con eso le demostrará su gratitud y será fiel a su filosofía, pues ella siempre mantendrá que para ser feliz no hace falta tener dinero, sino que basta con mantener la dignidad.

Lo cierto es que su amada le ayudará a defender su integridad frente a los ataques de numerosos buitres del mundo del espectáculo.

Aún en la sombra, trabajando de camarera unos cuantos años, y luego sirviendo también las mesas en su propio restaurante vegetariano, se sentirá siempre dichosa a su lado.

A pesar de su popularidad, confiará plenamente en él.

Incluso viajarán juntos a Venecia cuando él sea nominado para un premio en el festival de cine.

Ella siempre le acompañará en todos sus actos públicos, y estará aún cada día más guapa.

Miguel, cuando las cosas les vayan bien y ella tenga más tiempo, recibirá una educación mucho más esmerada.

Esa tarde precisamente Marisa le recomendará un libro de pedagogía llamado El maestro ignorante que influirá mucho en su labor educadora.

Lo cierto es que aquel libro le servirá para comprobar sus sospechas sobre la labor alienante de las escuelas, que ella tratará de enmendar.

Miguel aprenderá a tocar rápidamente varios instrumentos ayudado por Marcos.

Juntos escribirán letras, y en el futuro llegará a convertirse en un cantante de éxito.

Ese día no lo olvidarán nunca ninguno de los tres.

Miguel se lo había pasado fantásticamente jugando con los hijos de una amiga de su madre, que seguirá siéndolo por muchos años.

Aquello le servirá como base para confiar en el amor y en la amistad.

Durante una época, ya adulto, vivirá en Argentina.

Allí conocerá al amor de su vida, una chica muy parecida a su madre cuando era joven.

Con ella tendrá hijos y también se separarán, como sus padres, para volver a reencontrarse años después.

Y en esa misma plaza en la que se encuentran ahora los tres, un beso apasionado de su futura amada sella su amor para siempre.